

LA CORRESPONDENCIA DE ALICANTE

PRECIOS DE SUSCRIPCION
ABONANTE 140 Ptas. Msc.
Provincias y Portugal 5 — Trimestre.
Extranjero 500 —
Ultramar 15 —
PRECIO DE LA VENTA
Por menor 5 céntimos ejemplar. 75 cént. 25 ejemplares

DIARIO DE NOTICIAS

ECO IMPARCIAL DE LA OPINION Y DE LA PRENSA

Director propietario: Antonio Galván Chápuli

OFICINAS: Pelota, 15 y 17

Alicante: Sábado 13 Febrero 1909

AÑO XXVI.—Núm. 8.476 edición 2.

Crónica

Lo que nos pareció a muchos un sueño, llena evidentes trazas de convertirse en realidad. El famoso programa de la revolución desde acriba camina majestuoso y sin obstáculos por el «cancor» que amoro-rosamente le preparó el señor Mon-roy. No se puede decir que sin trabajo ni fatiga, pero tampoco puede decirse que sin éxito. Al cabo de dos años la reforma local reclamada por los nacionalistas catalanes y protegida por el jefe del Gobierno, ya salió del Congreso con la aprobación de una gran mayoría y la colaboración de todos cuantos se interesan por la cosa pública. Usando un símil de la vulgar retórica, podríamos decir que la nave tres rados y prolongados temporales, está llegando al puerto. ¿Será una desgracia? ¿Será un bien?...

Creemos que ha llegado la hora de la reflexión y que más que nunca es necesario despójarse de toda influencia pasional para no agravar los males, si existen, ni adulterar los bienes si por casualidad han de venir. En la Historia hay momentos en que lo que se debe estudiar es el hecho concreto y definido que apareció en él sin remontarse a sus antecendentes, ya inevitables, y nosotros, los españoles, hace tiempo que estamos en uno de esos momentos.

CUENTO DIARIO

Una noche...

— Yo no he tenido siempre la cara que te visto. No era hermoso, pero un fuego de juventud brillaba en mis miedos. Yo sé, yo sé que estaba muerto para el gran amor, por ese que se inspira o por el que se experimenta; pero nada me hubiera impedido poseer el amor fiel de una bonita mujer, en una aventura de la juventud: no me hubiera entregado a la execrable pasión en que vivo desde hace 17 años.

En 1890, fui invitado al castillo de Vautraye, que sin ser un monumento histórico, posee belleza y mucha atracción.

Elos Nartac son primos míos por alianza, mucho más ricos que yo, pero orgullo.

Yo los he amado siempre profundamente, y esta afición no ha contribuido poco a perder mi vida.

La casa era una de las aficiones de mi padre Nartac.

Invitaba a mucha gente el día de la apertura, y se hacía una mercantilidad de hombres de negocios un poco ridículos, políticos, mundanos, con mujeres encantadoras y alegres.

Se reía mucho, se flirteaba y se abrazaba algunas veces.

Mentre las más bonitas, se encontraba la Condesa de Zérén, que pasaba por virtuosa y que era la más experta coqueta.

Me enamoré con este amor ligero y fácil que permite el mundo a fin de existir pasiones más temibles,

Todo hubiera quedado sin duda en límites felices si mis jóvenes camaradas y yo no hubiésemos sido una banda turbulenta cuyos individuos se exponían mutuamente a las pedras locas. La que me sugestionaron, fue brotes. Yo estaba furioso.

Grandes existencias en toda clase de Tejidos, Pañería y novedades para señoras, caballeros y niños

Trajes y confecciones para señoras, caballeros y niños.—Especialidad en géneros negros y blancos.—Grandes surtidos en sedas negras y de colores

5.000 CAPAS, GABANES, RUSOS Y PELLIZAS PARA CABALLEROS, DESDE 15 PESETAS

ALMACENES DE

obtener de la Condesa más que favores ligeros; una cita en la que sin sucederlo, ella conociera por lo menos el peligro.

Concertóse con este objeto una apuesta que debía conducirme a la extravagancia.

No tardó la condesa en apercibirse de que había cierto cambio en mi conducta.

— Jamás se emborró para la isla encantada de Císteres una noche más final.

— Ella tuvo cuidado de vestirse de nuevas gracias, de agrandar sus ojos y de marcar con un trazo más rojo el arco de sus labios.

— Yo había querido jugar y encontraba una contendiente sin miedo e irreprochable.

— El corazón me batía cada vez que a ella me aproximaba, y si no hubiese sido por la apuesta, creo que hubiera resultado un combate con armas muy desiguales.

— Pero el amor propio hizo lo que no podrá hacer el valor, y me dedicué a hacerla una corta endiablada.

— Como guardábamos el aspecto de la broma, nadie se perdió de mi nueva actitud, excepto Mlle. de Frailles, prima de Mr. de Nartac, que era y sigue siendo el más terrible esperpento. Tenía entonces veinticinco años. Sus facciones devastadas por esa extraña enfermedad que la medicina no ha podido definir aún, no ofrecían ninguna seducción.

— Era angulosa y seca, boca grande, ojos pequeños, la nariz muy corta y sienes hundidas.

— Su cuerpo hubiera tenido cierto encanto si ella hubiera tenido cierto encanto si ella hubiera sabido manejarlo pero lo dejaba ir sin gracia, como iban su palabra y su pensamiento.

— Yo desconfiaba de ella como de la peste y me arreglaba de modo de no dirigirle sino palabras banal y los menos cumplimientos posibles: pero hay que creer que estos temperamentos son hechos para no pedir a los demás mayores entusiasmos que ellos mismos muestran, pues ella parecía encantada de mis mejores palabras, y mientras que yo creía permanecer bajo el cielo, ella me jugaba de los más amables, y sin duda prendada de su persona.

— Cuando se apercibió de las proposiciones que tomaba mi flirt con Mme. de Zérén, ocultó su rabia con dificultad y llevó dos ó tres veces palabras mordaces.

— La condesa no lo tomó en cuenta o no hizo más que reír, pero como era maliciosa, no perdonaba ocasión de embromarme con el amor que yo inspiraba a Mlle. de Traillier.

— Estas bromas que yo scegia mal, adelantaron mis sentimientos. Una noche que la condesa me vió apenada y taciturna, se acercó y me pidió que la escuchara.

— Se reía mucho, se flirteaba y se abrazaba algunas veces.

Mentre las más bonitas, se encontraba la Condesa de Zérén, que pasaba por virtuosa y que era la más experta coqueta.

Me enamoré con este amor ligero y fácil que permite el mundo a fin de existir pasiones más temibles,

Todo hubiera quedado sin duda en límites felices si mis jóvenes camaradas y yo no hubiésemos sido una banda turbulenta cuyos individuos se exponían mutuamente a las pedras locas. La que me sugestionaron, fue brotes. Yo estaba furioso.

— A las once dormía todo el castillo. Esperé la media noche.

— El corazón me batía cuando bajaba un piso. Apagué la luz que alumbraba el corredor y me puse a contar las puertas. Liegando a la de la condesa puse la mano sobre el pestillo y dedicó ya estaba en la habitación. Una voz que partía del lecho murmuró:

— Quién está ahí?

— Soy yo, Gastón de Larreme.

— Ya estaba cerca y dos brazos me estrecharon: olvidé el mundo. No cambiamos diez palabras. Cuando desapareció una mujer que lloraba. Ella no tenía más que una palabra, siempre la misma.

— Marchese!

— Me marqué pareciéndome mi enamorada muy ariosa y decepcionado de una aventura que debía ilusionarme...

Por la mañana supo que la condesa había ido a reunirse con su marido y sin extrañarse, preteó un asunto urgente para marcharse también. No podía decir porque pero me disgustaba aquella historia y me ponía nervioso.

Me encerré en mi casa y estaba un día muy ocupado cuando recibí la visita de mi primo:

— Miserable me dijo, has de devolver su honor a esa pobre muchacha.

— Devolveré gritó yo,

— Si, no te hagas de nuevas, no esperaba nunca de ti tal proceder!

— Pero habías en enigma, hija y muy pálido experimentando un sentimiento.

— Mlle. de Traillier te acusa.

— ¡Baja gritó en mi desesperación, era él!

— Y no tuve nada que hacer; me case con la astuta criatura que había sabido sorprender mi secreto y sustituir en su sombra a la Condesa de Zérén. Hacía diez y siete años que pagó la ilusión de un minuto.

J. H. Rosny

El ambiente y de la vida

Sin luz y sin cátedra

— El Liberal de Madrid publicó el siguiente artículo que con gusto reproducimos:

— Un estudiante emerito termina con inusitada brillantez en carreras; conquista la bora de doctor en Derecho; Alicante le elige para mantenedor en sus Juegos Florales; las Academias de Madrid premian sus trabajos científicos. ¿Puede hacer oposiciones a estas? Consulte en el ministerio: — No.

— Por qué? — Porque es ciego.

— Oiglo! Entonces su mérito es extraordinario, excepcional. ¿Cómo no ha de poder enseñar quies de actualidad.

— Estas bromas que yo scegia mal, adelantaron mis sentimientos. Una noche que la condesa me vió apenada y taciturna, se acercó y me pidió que la escuchara.

— Se reía mucho, se flirteaba y se abrazaba algunas veces.

Mentre las más bonitas, se encontraba la Condesa de Zérén, que pasaba por virtuosa y que era la más experta coqueta.

Me enamoré con este amor ligero y fácil que permite el mundo a fin de existir pasiones más temibles,

Todo hubiera quedado sin duda en límites felices si mis jóvenes camaradas y yo no hubiésemos sido una banda turbulenta cuyos individuos se exponían mutuamente a las pedras locas. La que me sugestionaron, fue brotes. Yo estaba furioso.

— Por fin llegó, después de una velada en que mi smiga no me dirigió una palabra; por fin se acercó y me dijo que había reflexionado, que no se sentía segura de sí misma, que yo la había turbado, mil cosas halagadoras, pero que me hacían perder mi apuesta y las soñadas alegrías.

— Iré a pesar de eso, protesté.

— Encuentrártala la puerta cerrada.

— Tanto peor!

— Ella se siejó encogiéndose de hom-

dad pa-mosa dió tales mestres! ¡Es justo, si siquiera humano, cerrar el porvenir a quien supo abrirse sus puertas con tal entendimiento y constancia.

— No se ha hecho la yey, es dirá, para las excoptinas. Pero es que el caso citado no es único. En esas condiciones se encuentra el doctor Carles Liegat; las mismas concurren en su hermano Enrique, cuyos trabajos en el teatro de Schiller aplauden en estos momentos el Ateneo; en las mañanas se halla Zácaras López Debasa, primer premio del Conservatorio, ganador en réplica lid del piano Ortiz y Onsá; excelentes profesores particulares han sido y son Nicolás Tregó y Eugenio Qanora, y muchos ciegos más, los cuales la rutina oficial cierra las puertas de la enseñanza.

Nuestros gobernantes no le entienden así. Para ellos el elegido no debe ejercer sino una sola profesión: la de mendigo. Momero, Milton, Dydmo de Alejandro, Sanderson, Calians, Cabeson, Abreu, Lambea, si hoy existieran serían sin plena reciencia en el hogar.

— El funcionamiento de las hélices se produce por un motor de 50 caballos de fuerza, que imprimen a dichos propulsores una marcha a razón de 10 a 15 revoluciones por segundo.

La longitud de la hélice anterior será 1 metro 50 centímetros, y la de la posterior, 2 40 metros. La estabilidad se obtendrá con una quilla adherida al plano de sustentación. El lanzamiento será automático y la dirección se obtendrá por medio de un timón eslástico en la parte posterior del aparato. El peso del mismo, es de 500 kilogramos.

El funcionamiento de las hélices se produce por un motor de 50 caballos de fuerza, que imprimen a dichos propulsores una marcha a razón de 10 a 15 revoluciones por segundo.

La longitud de la hélice anterior será 1 metro 50 centímetros, y la de la posterior, 2 40 metros. La estabilidad se obtendrá con una quilla adherida al plano de sustentación. El lanzamiento

será automático y la dirección se obtendrá por medio de un timón eslástico en la parte posterior del aparato. El peso del mismo, es de 500 kilogramos.

— Nuestra estimación recordarla que no se sigue tal criterio fuera de España, ya que parecen tan devotos de los exóticos ejemplos. Profesores son en Francia los ciegos MM. Sion, Maiani, Martí y Guimbeau; lo es en Königsberg el gran George Neuman. Profesor oculista es Fawcett y de arquitectura Lemaine, de Medicina Campbell y de matemáticas el director de Correos Fawcett, como lo fue en Bélgica Barber. La misma Elena Keller, sorda, muda y elegante, que enseña algunas psicología experimental en sus asombrosos artículos documentados del Century Magazine?

— Esas personas... parece a uno que no son gentes absurdas. Los tontos, menos mal; es de ello casos todos los días. Pero un tonto será siempre un tonto, aunque se sepa de memoria el Archivo de Simancas y el infolio de Galapino, que, entre paréntesis era clérigo también.

— Ese señor... parece a uno que no son gentes absurdas. Los tontos, menos mal; es de ello casos todos los días. Pero un tonto será siempre un tonto, aunque se sepa de memoria el Archivo de Simancas y el infolio de Galapino, que, entre paréntesis era clérigo también.

— Esas personas... parece a uno que no son gentes absurdas. Los tontos, menos mal; es de ello casos todos los días. Pero un tonto será siempre un tonto, aunque se sepa de memoria el Archivo de Simancas y el infolio de Galapino, que, entre paréntesis era clérigo también.

— Esas personas... parece a uno que no son gentes absurdas. Los tontos, menos mal; es de ello casos todos los días. Pero un tonto será siempre un tonto, aunque se sepa de memoria el Archivo de Simancas y el infolio de Galapino, que, entre paréntesis era clérigo también.

— Esas personas... parece a uno que no son gentes absurdas. Los tontos, menos mal; es de ello casos todos los días. Pero un tonto será siempre un tonto, aunque se sepa de memoria el Archivo de Simancas y el infolio de Galapino, que, entre paréntesis era clérigo también.

— Esas personas... parece a uno que no son gentes absurdas. Los tontos, menos mal; es de ello casos todos los días. Pero un tonto será siempre un tonto, aunque se sepa de memoria el Archivo de Simancas y el infolio de Galapino, que, entre paréntesis era clérigo también.

— Esas personas... parece a uno que no son gentes absurdas. Los tontos, menos mal; es de ello casos todos los días. Pero un tonto será siempre un tonto, aunque se sepa de memoria el Archivo de Simancas y el infolio de Galapino, que, entre paréntesis era clérigo también.

— Esas personas... parece a uno que no son gentes absurdas. Los tontos, menos mal; es de ello casos todos los días. Pero un tonto será siempre un tonto, aunque se sepa de memoria el Archivo de Simancas y el infolio de Galapino, que, entre paréntesis era clérigo también.

— Esas personas... parece a uno que no son gentes absurdas. Los tontos, menos mal; es de ello casos todos los días. Pero un tonto será siempre un tonto, aunque se sepa de memoria el Archivo de Simancas y el infolio de Galapino, que, entre paréntesis era clérigo también.

— Esas personas... parece a uno que no son gentes absurdas. Los tontos, menos mal; es de ello casos todos los días. Pero un tonto será siempre un tonto, aunque se sepa de memoria el Archivo de Simancas y el infolio de Galapino, que, entre paréntesis era clérigo también.

— Esas personas... parece a uno que no son gentes absurdas. Los tontos, menos mal; es de ello casos todos los días. Pero un tonto será siempre un tonto, aunque se sepa de memoria el Archivo de Simancas y el infolio de Galapino, que, entre paréntesis era clérigo también.

— Esas personas... parece a uno que no son gentes absurdas. Los tontos, menos mal; es de ello casos todos los días. Pero un tonto será siempre un tonto, aunque se sepa de memoria el Archivo de Simancas y el infolio de Galapino, que, entre paréntesis era clérigo también.

— Esas personas... parece a uno que no son gentes absurdas. Los tontos, menos mal; es de ello casos todos los días. Pero un tonto será siempre un tonto, aunque se

